

Crónica de una muerte anunciada

Dicen que antes de que te mueras tu vida pasa delante de tus ojos. Yo quería asegurarme de que la mía valdría la pena mirar.

Por eso bordé ese avión; tropezando más que caminando, con el rostro mortecino y demacrado, todo el cuerpo marcado por el martirio de los últimos meses. Se había apoderado de la despreocupada joven que había sido yo, una debilidad asolador todavía arrastrándose hacia su paroxismo, convirtiendo el simple acto de subir la pasarela de algún aeronaive en un desafío desmesurado.

Para el resto de la humanidad solamente se trataba de un movimiento de los pies, pero para mí era un acto de pura volición.

¡Cielo! ¡Qué no lo hagas! ¡Te vas a morir! Me habían dicho mis padres.

No me digáis...había replicado yo.

¡Cuántas veces había oído esa frase! Al principio todos esquivamos usarla. Como si pronunciar lo inevitable significaría reconocerlo, plasmarlo. Expulsamos la realidad de nuestras vidas. La sentencia a muerte flotaba en el aire aguardando su verbalización.

Todos actuamos como niños pequeños: vendiéndonos los ojos: “¡No quiero ver que estoy consumiéndome!”

Cubriéndonos los oídos con las manos: “No quiero oír lo que dice ese imbécil de médico! No es cierto! No puede ser cierto! No debe ser cierto!”

Estoy sentada en una consulta. Blanca. Aséptica. Olor a desinfectante.

Mi mirada está clavada en la pared. Blanca. Aséptica. Papel de fibra gruesa.

Mi madre está sentada a mi lado emitiendo gemidos reprimidos.

Al otro lado de la mesa está el médico. Palabras largas. Compasión rutinaria. Ahora tienes que estar muy fuerte.

Cáncer.

Esa diminuta palabra me parecía espantosamente insuficiente para contener todo ese sufrimiento al cual me veía sometido.

Me dolía ver a mis hermanos pequeños que miraban con ojos incrédulos los aparatos a los cuales me habían conectado. Me veían y no concebían el drama, mi madre si lo captaba y eso me dolía todavía más. No soportaba ese dolor ajeno añadiéndose a lo mío.

Odiaba esa compasión omnipresente y los torrentes de lágrimas que nunca parecían agotarse. Yo ya no lloraba. Hay cosas que son demasiado horribles para expresar el horror que se apodera de ti.

En lugar de eso encerré a todo mi sufrimiento dentro de mí y me hermeticé por completo.

A la superficie solamente quedaba mi amargura. Me convirtió en una persona tan corroído por su propia desesperación que odiaba a todo y hería a todos.

Un día me visitó el sacerdote encargándose de la salvación de los seres dignos de compasión que subsistían en el hospital.

No quiso desvelarme que todos los que no se habían pasado su vida estando de rodillas oreando iban a acabar en el infierno, solamente quiso darme un poquito de la serenidad que le había dado su fe.

Me dijo que quería hablarme del amor infinito de Dios y de su plan individual y muy bien meditado para mí.

Yo solamente le pregunté por qué Dios se veía incapaz de encontrar otra forma de expresar su amor abrumadora que hacerme padecer de una enfermedad letal y por qué su plan individual y muy bien meditado implicaba borrar me de la faz de la tierra.

Le advertí que no quería “apoyo espiritual” que lo único que quería era vivir y finalmente le dije que se metía se salvación ultratumba en el trasero.

Después de la furia llegó la resignación, la desilusión absoluta.

Me envolví en una gruesa costra de desdén esperando que ningún acontecimiento terrenal consiguiese romperla.

La primera entidad que logró atravesar ese blindaje, esa barrera mental, era un librito desgarrado que había olvidado en mi habitación una de las enfermeras.

Ni siquiera recuerdo el título. Pero ni eso ni el contenido del libro tuvieron ni la menor relevancia. Lo importante fue que por fin me desperté otra vez.

La lectura de alguna novela de tercera calidad provocó un sentimiento en mi corazón desecado. Fue desencadenado por la pluma calamitosa, pero si era algo que no había experimentado durante meses.

De todos modos pedí más libros y dentro de poquísimo tiempo logré engendrar un universo propio. La literatura era mi refugio. Un lugar al cual la realidad ruda no tenía acceso; dentro del cual me convertí en otra persona, dejando atrás todos mis dolores tanto físicos como emocionales.

Probé mi impertinencia junto a Mario Jiménez suplicándole al gran vate que le / nos enseñase a convertir sentimientos profanos y individuales en arte universal.

Me mudé a “La casa de los espíritus” y durante algunos días compartí una habitación con Blanca Trueba en vez de una anciana arrugada de rodillas rotas quejándose todo el día.

De vez en cuando también reemplazaba a Sancho Panza asumiendo la tarea de gran responsabilidad de secundar a Don Quijote en su batalla tan carente de sentido.

Estaba muy agradecida a Cervantes por haber escrito un mamotreto tan extenso para que me pudiera sumergir lo más largo posible en el universo del jinete al que me sentía aliado de un modo tan extraño como entrañable. Al fin y al cabo ambos estábamos luchando en vano, engañándonos a nosotros mismos.

Dedicándome a la lectura de “Mi país inventado” incluso descubrí otra alma gemela a la que se había ocurrido cobijarse en la literatura.

Además me deleité con los líos amorosos del virtuoso seductor Don Juan, viví en un mundo lleno de cronopios y famas pero sin esperanzas y experimenté que de tal medida que Antonio Conselheiro reunió creyentes del Buen Jesús a su alrededor yo parecía ejercer una fuerza de atracción irresistible a oncólogos, cirujanos, anestelistas....

Los acompañé a inmigrantes trasladándose a la tierra prometido mojándose las espaldas llevando nada consigo aparte de una mochila gastada y sus raíces y uní fuerzas con Paulina Salas gritando por justicia.

Durante semanas escuché únicamente el cuarteto de arco correspondiente. Tocando mentalmente a la primera violín mientras que en vez de ejecutar movimientos garbosos sosteniendo un arco mis manos quedaban atado por un sinfín de tubos.

Los meses pasaban. Seguía agarrándome al mundo de los vivos por medio de algunas hojas de papel y experiencias ajenas.

No conversaba con las personas a mi lado sino con los personajes en mi cabeza.

Sus carcajadas resonaban dentro de mi cráneo ayudándome a escapar de ese lugar deprimente donde permanecía mi cuerpo. Veía sus sonrisas pletóricas a despecho de que me hallaba en un sitio donde la carencia de recursos, personal y empatía no favorecía esos derroches.

A mi padre le había otorgaba el privilegio de abastecerme con nuevos libros.

Algún día –la gente suele sorprenderse al darse cuenta de ni siquiera logré memorizar una fecha tan importante. A mi me dan igual las fechas. Lo importante es que suceden las cosas, los datos son para las personas que estuvieron sentada cómodamente en su sillón estudiando estadísticas mientras que se caían los muros y se llevaban al cabo las revoluciones-....

Como quiera que sea.....me anunció que esta vez había adquirido algunas novelas de su amado Gabriel García Márquez.

El entusiasmo que encadenó ese aviso era más bien moderado. Yo nunca había llegado a aficionarme tanto de “Gabo”. Ya hacía tiempo que había intentado leer “Cien años de soledad”.....no es que no me había gustado.....pero desde el principio no paraba de

plantearme la pregunta por qué tenía que denominar todos los personajes masculinos José Arcadio o Aureliano.....haber leído aproximadamente la mitad ya estaba tan confundido que lo abandoné. Además nunca llegó a aclarar el misterio de por qué yo nunca logré averiguar el nombre de las personas solamente mirándolas.

Sin embargo lo leí, debido a su título: “Crónica de una muerte anunciada”.

Una muerte anunciada. Una defunción “prevista” a largo plazo. Un respiro, un latido último al cual todos están esperando.

Eso era mi historia.

Comencé a leer:”El día en que lo iba a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5.30 de la mañana.....

¡Qué no! Eso no era mi historia. Un asesinato. Un crimen como cualquier otro. Odio, afecto, cálculo...lo que sea.... ¿Dónde estaba la tragedia? La tragedia de vivir esperando la muerte. La tragedia de no poder evitar agarrarse al último trocito de esperanza aunque uno sabe que es en vano.

Esos pensamientos siempre me llenaban con furia abrasadora. Me llenaba de indignación saber que el mundo no iba a pararse debido a mi ausencia, mientras que la gente osaba ir al cine y de vacaciones, se atravesaban a bailar y reír, a casarse e ir de compras o escribir libros que no hacían ninguna referencia a mi situación insoportable.

No eso no era mi historia.....pero iba a hacerla la mía.

Con esa mezcla de furia y desolación consabido cogí un rotulador fino ypues....comencé a sobrescribir....

Día 1....más bien.....Día 0

¡QUIERO VIVIR!

Día 3

No son los dolores, son mis propios ganas de vivir que me atormentan.

Día 5

Siempre me ha parecido ridículo esa repentina ansiedad de dejar huella invadiendo los seres humanos enfrentándose a la posibilidad horrible de ser olvidado.

La proximidad de la muerte les hace sentir la necesidad aplastante de justificar su existencia aunque toca a su fin. En el intento crean óleos, frescos, libros, películas o pintadas.....otros se limitan a plantar el obligatorio árbol y “producir” otros seres a su semejanza. Seres que se despiertan en un mundo extraño, llevando una vida restringido por su miedo y un sinfín de convenciones sociales o rompiendo la monotonía levantan la vista hacia el cielo, descubren que está vacío, pierden los estribos y buscan un porqué en este mundo carente de respuestas. Cogen un pincel, un bolígrafo o un portátil y se desviven en el intento de plasmar, de “momificar” la quintaesencia de su existencia. Lo que les hace únicos, lo que les hace destacar en medio del resto de los seres terrestres.

Se consideran inmortal al ser entregado una estrella en la acera de alguna ciudad lejana para que hasta el fin de la historia la gente les mola a coces. Paradójicamente precisamente en la mismísima ciudad donde la continuidad no es más que un oxímoron.

Pues me parece que –en mi caso- experimentar eso es una posibilidad bastante descabellada.

¡Qué pena! Además conseguir gloria eterna a través de fallecer ensangrentado en algún campo de batalla antiguo o robarles el fuego a los dioses tampoco me parece una idea lo suficiente sensata. De todos modos ni siquiera estoy seguro de si valdría la pena sobrellevar todo ese estrés para que nombren un par de astros o fibras musculares en tu honor.

Y ahora parece que yo también he sucumbido a la tentación de preservar algunos reflexiones insignificantes. Pero de algún modo me parece que me ayuda a calmar todas las voces gritando dentro de mi cabeza.

Quizás poner por escrito todos mis pensamientos errantes les entrega demasiado importancia.

Quizás precisamente ese acto les quita su magnitud abrumadora porque los tengo “fuera de mi mente”. Qué sé yo.....

Día 6

Potaje horrible. Lluvia todo el día. Libros de segunda clase. Dolores.

Día 7

No para de llover. No para de doler.

Día 30

Visita de mis parientes. Parecen desconocidos. Y no solamente porque no nos unen fuertes lazos familiares, sino porque por primero vez he visto sus caras sin esa mirada llena de reproches. La acusación muda que te lo deja muy claro de que tu no formas parte de “una de las familias más respetadas y destacadas de la ciudad” de que eres una “desgracia.”

Esa mirada que mis familiares lanzaron a todo el mundo que no tenía “educación” o “modales” o no podía tocar el piano. Esa mirada que “gente ordinaria” reservaba para insectos molestos.

Es maravilloso que rápido se agotan los reproches, los cargos de que “¡Nunca vas a hacerte mayor!” cuando les replicas que están en lo cierto, revelándoles lo que los médicos te han pronosticado asegurándoles que de hecho nunca alcanzarás los dieciocho.

Día 31

Los acontecimientos de ayer de algún modo no me sueltan.

Me siento como si me hubieran quitado un peso abrumador de encima. El peso de las expectativas de los demás. La obligación de pensar en mañana.

La necesidad de tener planes, de tener todo bajo control.

La libertad de no tener nada que perder atizado por el descubrimiento de que ni siquiera tiene sentido buscar sentido.

¡SENTIDO! No logró quitarme esa palabra de la cabeza. ¿Ya no tenía sentido mi vida? ¿Qué significaba “tener sentido”?

Nunca había vivido un momento en el cual una voz divina ávida de guiarme me hubiera sido más útil, hasta me hubiera contentado con un arbusto en llamas o algo así.

Dado que ninguna entidad celeste se dirigió a mi, tuve que buscar el sentido yo misma.

Al principio era un mero engendro de la imaginación, pero mi idea descabellada cuajaba y se convirtió en una idea fija...pues en más que una idea en una obsesión.

Las semanas siguientes se caracterizaban por una yuxtaposición de discusiones y la aplicación de mi don de persuasión.

Por fin se rindieron todos, mis padres, los médicos, hasta la enfermedad que amainaba por última vez, acechando y preparando el golpe final.

De todos modos tenía permiso de marcharme del hospital, tenía permiso de marcharme del continente, tenía permiso de marcharme en busca de algo que hubiera hecho mi vida digna de ser vivida.

Durante ese viaje no quería disfrutar de la vida por última vez o asegurarme de que todavía no estaba desprovisto de sentido sino quería cerciorarme de que había tenido sentido en primer lugar.

Día 0

Avasallador. La realidad estalla. Sin habla.

Durante los primeros días mi mente era simplemente sobrecargada con la tarea de digerir todas las impresiones asaltándome.

Durante meses el gris monótono de las paredes del hospital había sido la distracción la más llamativa que se me había presentado, pero de repente me enfrentaba a lo que durante tanto tiempo solamente había sido “lo que está allí fuera.”

Las miríadas de colores, olores, texturas, sabores.....esa mezcla extraña que llamamos “la vida” por falta de una calificación más adecuada.

Había tenido la intención de paladearla pero ahora verdaderamente me acometía, me daba miedo, me aterrorizaba....

Día 5

Cuerpo extraño. Puta heterogeneidad. Abismos por todas partes.

Me sentía más alienado que nunca. Antes había tenido que permanecer alejada del resto de la humanidad. Ahora estaba dentro de la muchedumbre pero no lograba asimilarme.

Los meses de solicitud habían cultivado un individualismo muy fuerte; las horas de estudio habían agudizado mi mente. Percibía todas las diferencias que hasta entonces no había notado. Esa diversidad.....esa puta heterogeneidad casi me repugnaba.

Día 6

No me extraña que el mundo está lleno de hostilidad. La gente se da miedo el uno al otro debido a su idiosincrasia.

Ni siquiera podía imaginar un modo de convivir con tanta gente que me resultaba tan ajena, que no comprendía, que no era capaz de darme respuestas.

Allí estaba yo, en trance, esperando que sucedería algo grande, algo importante, una revelación, mi epifanía laica.

Pero nada de eso.

A veces realmente resulta asombroso lo ferozmente que se niega la vida a parecerse a una película de Hollywood, lo nimio, lo carente de gravedad que parecen los acontecimientos más incisivos.

Algún día rompió el hielo tropezando y cayendo justamente delante de los pies de un anciano compuesto básicamente de arrugas apoyándose en una muleta. Obviamente no tenía nada mejor que hacer que hablarme incesablemente.

No sé por qué le hice caso en primer lugar, por qué no solamente dije algo mordaz y me fui como era mi hábito. Simplemente no lo sé. Pero en un mundo en el que las partículas elementales son capaz de estar en múltiples lugares a la vez y en el que siempre tienen más los que menos lo merecen, no saber y no entender es algo al cuál uno se acostumbra.

Sea como sea.....a partir de ese día interactuaba con el mundo de nuevo. Era un golpe de liberación.

Conversé en la catedral, platicé en la playa, boté corriente en las calles. Visité la ciudad y sus perros y la casa verde y busqué el paraíso en la otra esquina.

Conocí a aletas y gente fúnebre, azaraos y afortunados, brinconas y chicas tímidas, cagaos, miedicas y chavales valientes, ahuevonados y intelectuales, flaites y gente culta, fallas y gente confiable.....Pero no voy a pormenorizar todo lo que experimenté. Las crónicas son aun peor que las fechas.

Ahí están solamente unos trocitos de migacitas de algo que por lo menos se parece a una respuesta si uno no se vale de una definición demasiado estricta.

Día 15

Vivir con miedo es no vivir. (alguien con nada de perder)

¿Nacionalidades? Yo solamente veo gente. ¿A quién se le ocurrió entregar tanta importancia a algunas líneas en una mapa? (revolucionario futuro tan ingenuo como admirable)

Día 16

Estoy de prisa...me abro paso en la muchedumbre.....bastante enérgicamente.....tropiezo con una mujer enorme.....me caigo....

-Cuidado guapa.....no te apresures tanto.

-No quiero perderme el tiempo.

- No se pierda el tiempo. Tu vida no tendrá ni un segundo más si te lo pases corriendo

¿Qué es lo más importante en la vida?

Día 17

- La ilusión, hija. La ilusión no nos debería nunca faltar a ninguno ya que sin ella es difícil dar un paso.

-(despectivamente)La ilusión es....pues....una ilusión. La mera palabra implica que nos engañamos nosotros mismos anhelando un futuro mejor.

- ¡Qué no! Implica que incluso se puede tenerla bajo las circunstancias más hostiles. ¿A quién le importa si aguantamos la vida gracias a un auto-engaño. Lo importante es que no nos rindamos. (pescador, Chile)

Día 18

-La confianza.

-(torciendo los ojos)¿Optimismo ingenuo?

- Tener confianza no significa creer que todo lo que sucede está bien, sino significa mantener la convicción de que todo lo que pasa tiene sentido no importa si está bien o mal. (anciana, Perú)

Día 19

-parrandear (trasnochador entusiasmado, Guatemala)

- el amor (alguien lleno de ternura y clichés, Bolivia)

- disfrutar y dejarse llevar (holgazán, México)

-no sé (campesino sincero, Colombia)

- dejar huella (visionario y pseudo-revolucionario, Cuba)

-dejar huella (artista, Ecuador)

- aventuras (trotamundos y bohemio, Costa Rica)

- algún lugar al que volver (sintecho resignado, los hay por todas partes)

-me da igual (bonaerense que estuvo de prisa)

Habría podido seguir así durante meses. Pero cada día me hacía más débil. Sabía que mi viaje iba a acabar pronto.

Saber eso me llenaba de una desesperación sin límites. Iba a irme tan ignorante como había llegado a ese mundo.

Y me fui.....algún día simplemente comencé a marchar y no paraba de hacerlo.....ni siquiera cuando me enfrenté a la muralla de vegetación casi impenetrable que constituía la selva.

Seguía marchando, hasta que me quedé tan perdido que mi paradero reflejaba mi estado de ánimo.

Ese era el momento en que paré de marchar, paré de huir. Me tumbé en el suelo y me quedé allí durante horas escribiendo la última entrada en mi crónica, la infinidad verde alrededor de mi inoculando cierta lucidez frente a esta masa holística.

Último día

¿Tiene sentido la vida?

Joder, no lo sé. ¿A quién le importa? Lo que realmente da relevancia al hecho de que millones de seres humanos plantean esa pregunta es lo que revela en cuanto a nuestro psique.

¿Preferiríamos flotar en el aire como una pluma conducido por el azar, al fin y al cabo cayendo al suelo y en el olvido o querríamos tener una meta universal, siempre corriendo el riesgo de fracasar y no lograr cumplir nuestra “misión”?

Negar que hay una meta universal y en lugar de eso destacar que una decisión tan personal no se puede objetivar solamente sustituye la pregunta grande por más de seis mil millones de preguntitas pequeñas. Rechazar la responsabilidad de decidir uno mismo remitiendo al gran

plan de Dios puede darla gran apoyo emocional a la gente pero en cuanto a la búsqueda a la verdad no es más que una excusa.

Quizás la vida no tiene sentido. Quizás es la autodeterminación absoluta que le da miedo a la gente.

“No hay una meta....no puedes fracasar...pero tampoco puedes alcanzarlo.” Y lo peor es que no hay nada con lo cual puedes justificar tus decisiones. Hay un sinfín de posibilidades y responsabilidad insoslayable.

Un mundo carente de sentido no tiene límites, es un universo de la libertad absoluta. Somos tan libres que a veces nos horroriza.

La segunda pregunta: ¿Cómo se puede convivir con la gente? “Los otros” son tan ajenos, tan diferentes y además ellos también son llenos de miedo.

¿Cómo se puede escapar de ese estado de perpetua incompreensión mutua?

Quizás deberíamos abandonarla a la gente en la selva o en el desierto o en el antártida o.....en algún otro lugar dónde por fin se percatan de lo pequeño, lo nimio que son frente a la inmensidad de la naturaleza y también lo inane que son sus diferencias. La infinidad lo relativiza todo. Tus huesos podridos no revelan el color de tu piel.

Al fin y al cabo todos estamos unidos por el simple hecho de que no sabemos exactamente lo que somos y lo que está pasando alrededor de nosotros.